

El regalo

(Relato inspirado en los cuentos de Amparo Dávila y en la adaptación del cuento de Edogawa Rampo)

María José Corona Saldívar

Era de día, recién se había levantado la señora Amparo para despedirse de su marido Pedro, quien asistiría a una galería en la mañana para mostrar su nueva escultura en una exhibición en Bellas Artes. Amparo disponía de todo el día para leer con calma las cartas que le enviaban sus lectores, pues era una escritora con gran talento y sus cuentos perturbadores se vendían como pan caliente.

Esa mañana, sentada en su nuevo y cómodo asiento de piel frente a su escritorio de madera, echó una rápida ojeada al correo matinal; el contenido de cada carta era el mismo: agradecimientos y elogios por sus cuentos; sin embargo, por respeto al tiempo que sus lectores habían invertido en escribirle un mensaje ella leía cada una de las cartas sin importarle que algunas le provocaran algún bostezo.

Al principio se dedicó a las cartas más breves, que no le llevaron mucho tiempo. Por último se encontró con una que consistía en un voluminoso montón de páginas con apariencia de manuscrito, no le resultaba extraño que lectores aficionados le enviaran grandes mensajes de agradecimiento. Abrió el sobre y comenzó a leer:

Oh, mi querida y amada Dávila:

Le pido que me disculpe por enviarle una carta, siendo una completa extraña para usted, pero no sé a quién más recurrir sin que me juzguen, pues he cometido un terrible crimen ante los ojos de Dios.

Durante varios meses me he escondido de la luz del sol, estoy segura de que usted entenderá la complejidad de mi mente, por eso le escribo, por favor no deje de leer mi relato y llegue hasta el final.

Trataré de exponer los acontecimientos en orden cronológico. En primer lugar, mi fealdad es difícil de describir, si usted me viera se horrorizaría ante mi rostro, mis grandes ojos amarillentos parece que penetran a través de las cosas, soy un ser lúgubre y siniestro.

Probablemente estoy pagando el karma de ser tan desdichada por haber preparado aquellos platillos de alta cocina todos los domingos con mi supuesta familia. Aún recuerdo la

sombría cocina y los chillidos como niños recién nacidos, nadie se conmovía ante aquella crueldad. Nunca supe si el alimento aún estaba vivo, pero sus gritos me persiguieron por mucho tiempo. No lo malinterprete, a pesar de mi fealdad, mi corazón siempre ha sido puro y mi intención nunca será dañar al prójimo.

En segundo lugar, no soy dotada de algún talento artístico como la escritura, escultura o pintura, el único consuelo que encuentro es cuando leo sus obras, eso me anima a olvidar lo fea que soy; pero permítame decirle que soy una humilde trabajadora, como no nací de una familia adinerada ni querida no tuve más remedio que convertirme en una ebanista.

»En este campo logré un éxito bastante notable, solo aceptaba encargos de muebles de lujo, el labor que practicaba no se hallaba al alcance de cualquier carpintero aficionado. En cuanto terminaba una silla era la primera en probarla para comprobar la sensación que produciría en mis clientes sentarse en mi arte.

Lo admito, a menudo dejaba volar mi imaginación, toda esa gente adinerada que vivía en enormes casas rodeadas con exquisitas obras de arte. Al inicio solo pensaba en algún día ser como ellos, pero no recuerdo en qué punto imaginé un lujoso sillón y abrazar a mi familia anhelada. Sin embargo, mis bellos sueños eran interrumpidos por el ruido de mis vecinos quienes me traían de vuelta a mi triste realidad.

Un día me pidieron que hiciera otro trabajo para unos jóvenes que recién se habían mudado, puse todo mi empeño y cree una obra maestra. No es una exageración decir que cada detalle, cada fibra de madera, cada pieza de cuero unía mi alma y corazón en un objeto: el sillón. Fue en ese momento cuando el diablo me susurró una idea: si anhelas tener una familia, conviértete en un objeto importante de ella; pero mientras permanecía hundida en el mueble y acariciaba lentamente los apoyabrazos decidí seguir con el plan.

Destruí el asiento para después reconstruirlo y moldearlo para que alguien pudiera perfectamente ocultarse adentro. El sillón era de cuero marrón oscuro, estilo capitoné, estupeado para que cualquier comprador ambicioso poseerlo. Sus botones hundidos en todo el frente le daban un aspecto lujoso y acolchado, perfecto para que quien lo adquiriera no percibiera en ningún momento la presencia que había en el interior de él. Los reposabrazos eran robustos y estaban ligeramente curvados hacia dentro, ideal para que el ser incorporado en el sillón pudiera relajar sus brazos. El grosor del asiento indicaba que quien estuviera ahí debería permanecer en posición de loto. La base era de madera de roble, bastante sólida para sostener ambos cuerpos. Y por último el respaldo era alto, ancho, ergonómico y envolvente para que la persona escondida estuviera más en contacto con su nueva familia. Era evidente que a pesar de que era habitable, no recomendaba pasar más de dos días seguidos dentro del sillón.

Llegó el día de llevar el mueble a sus futuros dueños, así que me escondí en esa cueva solitaria y oscura. Mi intención solo era saber a dónde llevarían mi obra maestra y averiguar si aquella familia valoraría cada detalle puesto. Y así fue como me llevaron hasta la calle Estocolmo 3.

Ni el encargado, ni el mensajero, ni la familia sospecharon de mi presencia. ¡Qué alivio! Mi aventura resultó ser un completo éxito. Sé que se preguntará, ya conociste el departamento y a su gente, entonces ¿te retirarás? La verdad es que no, me divertía ver el día a día de Homero y Betty, mis compradores. Por las noches robaba comida y por el día me reía en silencio al escucharlos hablar sobre la presencia de un fantasma que les hurtaba sus alimentos.

No le miento, era fascinante sentir cómo se sentaban sobre mis piernas, jamás había estado tan cerca de otros individuos fuera de mis padres. Pero la felicidad no duraría para

siempre, todo se vino abajo el día en que mi nueva familia invitó a una amiga suya. Al inicio solo hablaban de los contenidos que estaban con el departamento y todas las ventajas que descubrieron conforme pasaba el tiempo.

Hubo una ligera discusión. Mencionaron un huésped. Al inicio creí que me habían descubierto, pero en realidad se referían a una pequeña niña; aclaro que yo no vi a nadie más y por eso mismo comenzó su paranoia. Fue triste quedarme sola en el departamento después de su mudanza, pues temían que los fantasmas los persiguieran toda su vida. Que tontos y despistados eran.

Y ahora usted se preguntará qué fue de mí, si acaso volví a mi hogar. No tiene idea de cuánto sufrí. Pasaron los días y meses, nuevas familias entraban y salían del departamento. Hasta que un día el arrendador sacó todo a la venta, incluyéndome, y así fue como varias personas me probaron, me compraron y después regalaron.

Me di cuenta en esta aventura de que lo único que anhelaba era una familia que me acogiera. No piense que estoy loca, le suplico que entienda mi situación: yo, una mujer tan fea y que nunca ha recibido amor.

Estoy segura de que a estas alturas usted habrá adivinado quién es el objeto que se encuentra frente a su escritorio. Desde que su marido me trajo de aquella tienda de muebles, lo único que anhelaba era verla, usted, mi salvadora, usted, quien me conoce mejor que nadie, usted que ha escrito mi vida en sus cuentos, lo único que le pido es que me deje a su lado.

Si acepta mi petición déjeme saberlo con un pañuelo rojo encima del escritorio y así saldré ante su encuentro y me mostraré tal como soy.

Gracias por leerme hasta el final, espero su respuesta. Con cariño y gran admiración.

La señorita Julia

Amparo, con un ligero temblor, se incorporó de su asiento tratando de mantener la calma, ¿Cómo era posible que su santuario, donde día y noche se inspiraba para escribir sus grandes relatos macabros, uno de los espacios de su casa, se convirtiera en una pesadilla?

—¿En dónde habré dejado mis pañuelos? —dijo en voz alta para que la escuchara el ser que vivía en su mueble— Quizás se encuentren en mi recámara —mintió.

Salió desesperada en la búsqueda de algún objeto para protegerse, en seguida escuchó que alguien abría la puerta principal. Era Pedro, su esposo, quien regresaba del trabajo. Corrió hasta sus brazos y le susurró al oído:

—Entró una persona al estudio, no quiero que le haga daño a nuestras hijas.

Amparo regresó a la habitación acompañada de su esposo que traía un arma. Vio por última vez el sillón que alguna vez su esposo le regaló con amor, recordó las veces en que se sentaba y escribía por horas y horas hasta quedarse dormida.

—Está detrás del sillón —gritó. Y mientras lo hizo su esposo disparó tres veces hacia el asiento. No se escuchó nada, ni un solo grito, pero el suelo se llenó de sangre y lágrimas.